

EL CAMINO DESANDADO

Un tirón hizo que todos los pasajeros se tambaleasen. El ruido se hizo cada vez más intenso y la gente lanzó murmullos de impresión. Todos se miraban los unos a los otros tratando de observar la reacción que aquel envite les había ocasionado. El tren fue ganando velocidad poco a poco, como un jamelgo que pasa del trote más pausado al galope más vertiginoso. Una sensación de alegría se contagió por todos los vagones al ver que el viaje había comenzado sin problemas.

Pamplona quedaba atrás, y con ella cientos de historias personales que cambiarían a medida que las estaciones de la línea ferroviaria se fuesen sucediendo. La ciudadela de Pamplona se alejaba en el horizonte, y con ella la alegría de sus gentes compartiendo vida en las calles adoquinadas. La ciudad de Pamplona había sido una de las protagonistas de los últimos meses, y la atención de los periódicos y las radios se había centrado en la capital navarra. Pero ya no era la ciudad que resplandecía hacía diez años. Las gentes que se saludaban por las calles con elegancia, los cafés abarrotados, el paso de los carros de caballos con donaire por el centro de la urbe, ya pertenecían a un pasado que se antojaba tristemente lejano.

El levantamiento de las tropas en varios puntos de la península había sido propiciado por el desacuerdo de muchos sectores con los resultados electorales de aquel verano. La amenaza de la derecha apoyada por los militares de alzarse en armas en caso de una victoria del Frente Popular en las urnas, se había cumplido. Pamplona se había erigido como una de las ciudades claves del norte de España en esta sublevación con la importante presencia de los requetés. A partir de aquel momento, ya nada había sido igual. Y el ambiente en las calles se tornó en desencanto, y la gente empezó a desconfiar del vecino, y las puertas comenzaron a atrancarse por las noches. Y aquel mismo ambiente de angustia contenida y de extrema cautela que se vivía en las calles de Pamplona desde aquel verano de 1936, inundaba la atmósfera de aquel tren que ya buscaba los valles del Larraun.

La gente más variopinta se acomodaba en los bancos de madera y trataba de pertrechar sus equipajes en los altillos. Los niños disfrutaban asomándose por las ventanas y las madres, atentas a los pequeños, les precavían con que tuviesen cuidado de no caer. Pero los niños se afanaban por intentar coger alguna hoja de los árboles dispuestos junto a la vía, en el momento en que algún ramaje frondoso se aproximase lo necesario a las ventanillas del tren. Hombres mal afeitados con maletas cuadradas se

liaban cigarrillos, mujeres que trataban de apaciguar la intranquilidad de sus hijos, aldeanos que inauguraban su experiencia en tren, soldados con vendajes sangrantes de heridas aún candentes y bultos, miles de bártulos que trataban de albergar pedazos de vida de los viajeros.

Y es que toda aquella gente, o muchos de ellos, estaban camino del exilio. Veían en aquel viaje la posibilidad de una huída hacia un mundo mejor o, al menos, diferente. La Guerra Civil aún no había terminado, pero todos sabían qué bando vencería. Y muchos de aquellos viajeros, simplemente no querían la vida que les iba a tocar vivir a partir de entonces. Atravesarían los valles navarros, se adentrarían en Guipúzcoa y tratarían de cruzar la frontera francesa por Hendaya.

Y entre todos ellos un hombre. Un hombre que nada se parecía a ninguno del resto de pasajeros. Era alto, rubio y con ojos claros. Lo adornaba una mirada perdida sumamente expresiva, un uniforme polvoriento y un rostro marchito y ceniciento. Sus anchas espaldas reposaban tranquilas en el respaldo de madera y miraba al horizonte con un llanto reprimido. Sus botas, embarradas, le cubrían toda la pantorrilla y sus manos, toscas como las de un labrador, descansaban sobre sus rodillas. Sus dedos tamborileaban de vez en cuando sobre el cristal de la ventana mientras sus ojos acuosos a punto estaban de estallar en un torrente de lágrimas. Pero él, a diferencia de todos los demás, no huía, sino que se retiraba.

Se deleitaba con los paisajes que se veían desde aquella ventanilla, y esa belleza le arrancó una sonrisa furtiva cargada de una melancolía digna del mejor de los poetas románticos. Y cuando la angustia le atenazaba de tal manera que sentía una soga oprimiéndole la garganta, el tren se detuvo. La velocidad había ido aminorando paulatinamente, mas el hombre no se había percatado, embelesado como estaba con la belleza que tenía ante sí. El tren se detuvo en un paraje cerca de la localidad de Berrioplano.

Muchas personas subieron al ferrocarril en aquella estación y comenzaron a revolotear de un sitio a otro buscando dónde acomodarse. Y quiso el azar que la joven por cuya beldad se estremecía toda aquella localidad se sentase frente a nuestro abatido soldado. Con elegancia, le regaló una sonrisa, pidiendo así permiso para tomar ese asiento. Nuestro hombre, cautivado por aquella mirada, le devolvió la sonrisa. Era joven, hermosa como pocas. Tenía el cabello rizado que le caía por los hombros, una cara sonrojada por el sol del campo y una sonrisa capaz de iluminar una habitación en penumbras. De tez oscura y cabellos largos, sus ademanes de señorita bien educada de

capital contrastaban con la realidad de su origen humilde. La rodeaba una aureola de paz y, a diferencia de todos los que allí estaban, su rostro no reflejaba la angustia del exilio.

- ¿Se encuentra usted bien? – le preguntó al soldado rompiendo así la silenciosa atmósfera que le imbuía.

- ¿Por qué lo dice? – se puso éste a la defensiva

La mujer, se vio sorprendida por dos cosas. La primera de ellas fue la seca respuesta y, la segunda, el acento extranjero del hombre.

- Disculpe si le he importunado – dijo la joven -. Es que veía los vendajes de su cuerpo y pensé en interesarme por usted pero...disculpe, soy una entrometida.

Cinco segundos tardó el hombre de acento extranjero en percatarse de lo arisco de su contestación y rogó que le disculpase, abriendo conversación.

- Perdone, señorita. Verá, no estoy muy bien. Son momentos duros para todos.

- Pero usted no parece de aquí – apuntó ella -, su acento lo delata. ¿Deja estas tierras por algún motivo diferente que el resto de los de este vagón?

El ferrocarril reanudó su camino dejando atrás las tierras de Berrioplano, que se perdían a lo lejos paulatinamente al son del traqueteo de las vías.

- Verá, como puede observar por mi acento, no soy de aquí –habló el melancólico uniformado -. Soy inglés. Me alisté en las Brigadas Internacionales para combatir en España cuando estalló la rebelión. Ahora que todo se ha perdido aquí, me voy a Francia.

- Como todos los exiliados que vienen de toda España buscando la frontera - sentenció la joven.

- No, yo voy a Francia a luchar contra los alemanes. Tal vez allí aún haya esperanza – Y bajó la cabeza bucólico, lamentando una derrota que le sabía amarga cual trago de cicuta.

- Luchar, solo luchar ¿Es que nadie piensa en otra cosa? – se enrabietó la señorita.

El inglés, que había combatido en la Guerra Civil Española durante los últimos tres años en tantos frentes que ni recordaba, se estremeció al escuchar a la joven de Berrioplano. Pensó que simplemente se trataba de una jovencita ignorante, desconocedora de los problemas reales el mundo. Y la joven, por su parte, pensaba que los hombres no tendrían por qué huir de sus tierras si en vez de dedicarse a dispararse, usaran su energía en las cosas que realmente importaban.

- ¿Y dónde va usted entonces? – la interrogó el inglés.

La joven de Berrioplano, un poco a regañadientes, le contó que se dirigía a Leitzia, a cerrar un trato en nombre de su padre por el traspaso de unas tierras. Su padre había fallecido recientemente y aquella gestión había quedado en el aire. Ahora ella debía cuidar de su anciana madre y encargarse del caserío donde vivían, pues aquella maldita guerra se había cobrado la vida de sus dos hermanos.

Le constaba que uno de ellos había caído cerca de Bilbao, en el treinta y siete, durante la batalla en torno al Cinturón de Hierro. Una bomba de mortero había hecho imposible reconocer los cadáveres que, despedazados, alfombraban tierras vizcaínas. Su otro hermano se sabía que había desaparecido en la denominada Batalla del Ebro. Ahora, la continuidad de su estirpe quedaba bajo su única persona. Se llamaba Leire.

El soldado, por su parte, le contó que era un inglés que se alistó en las Brigadas Internacionales. Llevaba tres años en España defendiendo a los republicanos, desde que abandonase Margate, el pequeño pueblo inglés de donde era. Le contó que allí era profesor, que enseñaba Matemáticas en una escuela y que creyó que debía defender la causa en la que creía. Se embarcó camino de España como voluntario, y tres años aquí le habían servido para dominar el idioma a la perfección. Su nombre era Brian.

Brian y Leire no coincidían en las conversaciones. Mientras él ansiaba hablar de política y de las batallas en las que había combatido, ella no dejaba de elogiar la belleza que se veía desde el tren. Él hablaba de los fusiles, ella de las flores; él citaba a los caídos, ella a los amigos; él se lamentaba ante la angustia de la guerra, ella se emocionaba ante la hermosura de la vida. En dos planos distintos, su óptica de las cosas hacía que sólo tuviesen en común estar sentados en el mismo tren. Y con esa aparente insalvable distancia entre sus almas, el tren se detuvo en Mugiro.

Allí, otro tropel de personas se subió al ferrocarril. Junto al inglés y a la señorita de Berrioplano se acomodó un anciano. El silencio fue la nota dominante durante el resto del trayecto. Y esquivando colinas, salvando ríos y atravesando bosques, el tren avanzaba en su lento caminar cargado de historias en su interior. Recogió gente en Lekumberri y algunos se apearon en Uitzu. Y cuando el ferrocarril ya enfilaba su última parada en Navarra antes de adentrarse en tierras guipuzcoanas, a Brian le inundó un pensamiento. Desde la ventana, contemplaba la incomparable belleza del lugar, ajeno a los desastres del mundo, con gentes sencillas de vida tranquila. Y le entró envidia. Una envidia atroz por tener que cavar trincheras en vez de hacerlo en tierras fértiles para

cultivar un huerto en la parte de atrás de alguno de los caseríos que se veían posados sobre las laderas.

La marcha del tren murió en Leiza. Y con ella el corazón de Brian. Leire se despidió cortésmente del anciano y de él deseando buen viaje y suerte en la vida; y se perdió entre el ajetreo del andén de aquella estación. El ferrocarril volvió a jadear para reanudar su marcha, buscando ya adentrarse en otra provincia y dejando atrás tierras navarras, tan llenas de plenitud a la vista de Brian.

- Hermosa mujer – comentó el anciano dirigiéndose a Brian

- Cierto – corroboró Brian -. Pero no solo físicamente, también de alma.

Y entonces Brian comenzó a hablar a aquel anciano acerca de cómo ella se había subido al vagón en Berrioplano, de lo que habían charlado, de sus ideas y pensamientos. Le contó cómo creía que era Leire, teniendo en cuenta el escaso tiempo que había coincidido con ella en la vida, solo en aquel vagón.

- ¿Y estar con ella no sería mejor que estar en una batalla? – le preguntó el anciano. Brian asintió. – Pues ve con ella, trata de enamorarla, pídelas que se case contigo y disfruta de esta tierra que dices tanto te ha cautivado.

Brian, en un arrebatado de pasión incontrolada, se apeó en la siguiente estación. No sabía muy bien por qué, mas sintió que en aquel vagón no estaba su sitio y en la última estación no estaba su destino. Comenzó a caminar con más corazón que cabeza junto a la vía estrecha por donde circulaba el Plazaola. Desandaba el trayecto que había hecho en tren desde Pamplona ese mismo día. Y así, fue recorriendo la eterna vía del ferrocarril tratando de enmendar el error que había cometido en su vida. Debía cambiar de billete. Por primera vez en su vida, sabía lo que quería. Quería, como dijo el anciano del tren, quedarse en aquella tierra verde y fértil, vivir tranquilo en un caserío junto a Leire y envejecer rodeado de paz. Cuando muchas horas más tarde su vista distinguió la espadaña de la iglesia de Berrioplano, supo que ya había llegado a su destino.

Han pasado setenta años desde que Brian bajó apresuradamente del Plazaola alentado por las palabras de un anciano. Setenta años desde que anduvo los kilómetros de regreso del camino que emprendió. Por apremiar la historia diremos que logró enamorar a Leire, casarse con ella y continuar la estirpe en el caserío familiar. Brian dio clases de Matemáticas en la escuela del pueblo durante muchos años. Se olvidó de la política y se dedicó a vivir en paz. Brian tuvo que ver cómo el Plazaola desaparecía en 1958 con su último viaje, cómo los 84 kilómetros que separan Pamplona de San

Sebastián eran salvados cada vez más por autobuses y cómo los raíles fueron desmontados dejando una cicatriz en el paisaje. Ahora, ya muy anciano, Brian pasea con su nieto de la mano por la llamada Vía Verde del Plazaola, y le cuenta de qué manera bajó del tren hacía setenta años en busca de su abuela. Y cómo recorrió a pie aquel mismo camino, pasando por encima uno tras otro los cientos de traviesas que unían los raíles. Cierra los ojos y recuerda el paisaje que se veía desde aquella ventanilla del tren cuando llevaba uniforme militar. Y luego los abre y ve que, de algún modo, todo sigue ahí. Las colinas, los bosques, los caminos. Mira a su nieto a los ojos, le sonrío y continúa caminando por la Vía Verde del Plazaola, que otrora fueron raíles que contaron su historia.

FIN

Autor: Alain Martín – Madrid

2º premio VII Certamen de cuentos Villa de Cárcar